
Editorial

En este Segundo Número del Volumen 2 de la Revista de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, quiero referirme a rasgos relacionados con la idiosincrasia de la comunidad que conformamos, que presumo de valor a la hora de conocernos más, entendernos mejor y aceptarnos como miembros de un mismo colectivo.

Propongo en estas líneas un muy fugaz paseo por la historia de las universidades para descubrir cómo esa historia ha impreso su huella en nuestra cotidianeidad, sin que seamos conscientes de ello. Encontraremos en esta breve revisión, los orígenes de dos maneras diferentes de ver a la Universidad, muy presentes en nuestra realidad actual, y que, en la medida de que asumamos esta diversidad en forma abierta y enriquecedora, debería complementarnos como conjunto, en lugar de distanciarnos.

Esta mirada propone una actitud madura, propia de esta Universidad de más de 400 años que pregona a viva voz, sus banderas de inclusión e integración.

Se considera al siglo XI como el del renacimiento intelectual que originó a las primeras universidades, las que surgieron en torno a la Filosofía y la Teología. Es pertinente en este punto subrayar que éstas fueron las disciplinas iniciáticas de nuestra propia Universidad, aunque habían de transcurrir aún seis siglos para que ésta vea la luz del sol de América.

Su nombre viene de *Universitas* o *Universum*, en el sentido de totalidad, anunciando el advenimiento de la institución que reunía todo el saber, entendiéndose tal concepto como una integración de conocimientos y no como una mera suma de ellos.

Los conocimientos conforman redes complejas, potenciándose exponencialmente, en una fractalidad que no se detiene. Los saberes, para multiplicarse, deben confundirse en lugar de crecer en paralelo.

En su origen primigenio fue la *Universitas magistrorum et scholarium*, o la comunidad de maestros y alumnos a la que le siguió la *Universitas litterarum*, la que reunía todo el saber. En esta universidad embrionaria, los alumnos elegían a quienes proponían como maestros y pagaban por sus clases, eligiéndolos de acuerdo a los contenidos que les eran de interés.

Es así que las universidades nacen como ámbitos corporativos de alumnos y maestros, evolucionando a partir de allí a diferentes modelos, con diferentes paradigmas dependiendo de diversos objetivos, aunque se trata siempre del mismo insaciable apetito que tanto nos diferencia del resto de las especies y que se constituye en el motor inagotable que nos impulsa a correr permanentemente el límite de lo conocido y de lo factible.

Ya en el siglo XII se reconocían cinco universidades, como tales, y en el siglo XIII eran más de cien. Por entonces surgieron conceptos que pensaríamos más modernos como becas para estudiantes y la gratuidad de la enseñanza.

La universidad europea del Medioevo, dedicada fundamentalmente a conocimientos teológicos primero, y culturales después, cayó en una profunda crisis, renaciendo a la postre, en una universidad a la que la sociedad le pedía profesionales y científicos para asistir a sus necesidades.

A principios del siglo XVII, en Alemania nace la universidad humboldtiana, así llamada por su mentor, el Barón Willhelm Von Humboldt, con un corte netamente humanista y científico, para la que el conocimiento no necesitaba mediarse en la aplicabilidad, teniendo valor propio y justificando per se, el financiamiento estatal, sin que ello implique la obligatoriedad de devolución alguna.

En contraposición con el modelo alemán, fue Napoleón, a principios del siglo XIX, quién imprimió un perfil altamente profesionalizante a las universidades, dando lugar a lo que se llamó el modelo francés. La misión impuesta por el estado napoleónico fue la de formar intelectuales con un saber práctico, fundamentalmente útil a la sociedad que la sostenía. De este modo los estados comenzaron a financiar las actividades educativas, y sus sociedades se sintieron con derecho a exigir que éstas asistieran a sus problemáticas.

El desprestigio generalizado de la universidad medieval hizo que el modelo napoleónico se extendiera por muchos países europeos, siendo además adoptado por las primeras universidades latinoamericanas.

En el primer cuarto del siglo XVII, en el nuevo lado del mundo, se gestaba nuestra Universidad.

De este modo se plantearon dos paradigmas, que en su origen, se encontraban en los extremos de un espectro que con los años y hasta llegar a la universidad moderna, se han acercado y fusionado en mayor o menor medida, dependiendo su divergencia, no sólo de aspectos epistemológicos o disciplinares, sino de las características específicas del ámbito en el que estos modelos se enfrentaban.

No sorprende entonces, que a modo de extraña genética académica, las dos visiones subsisten en los inconscientes colectivos de quienes pertenecen a las áreas científicas y los que pertenecen a las áreas profesionalizantes.

Como vemos, estas diferencias tienen orígenes antiquísimos, no perteneciendo a una geografía en particular, ni siendo privativa de determinadas áreas de la ciencia o de alguna época específica.

En nuestra Facultad coexisten hoy estas dos visiones, aunque claramente no se encuentran en los extremos antagónicos de un espectro, sino que coexisten amalgamados en diferentes grados como ejemplos de que las posiciones tienen claroscuros, y que en ello radica la riqueza de la diferencia.

Basta con leer el temario de éste número de nuestra Revista, con sus dos secciones, una dedicada a la tecnología y otra de ciencias naturales, para ver los diferentes aportes, como una clara evidencia de lo antedicho.

Así resuelta, La Revista es más rica que si fuese sólo de tecnología o sólo de contenidos de ciencias naturales, debiendo ser ése el espíritu rector de las demás actividades que se desarrollan en Nuestra Casa.

El conocimiento de los orígenes de algunas situaciones, permite entenderlas, pudiendo en base a este entendimiento, poder sacar provecho de ellas para convertirlas en factores potenciadores de las posibilidades del conjunto.

La existencia de las distintas visiones, lejos de generar antagonismos, debe rescatarse desde la esencia misma del concepto primigenio de la *Universitas*, el de los saberes integrados, buscando la complementariedad de la diferencia que beneficie a Nuestra Comunidad.

Si no podemos entender esta diversidad como un valor enriquecedor, no podremos dar los pasos necesarios para aprovecharlo en potenciar al colectivo, coadyuvando a su permanente engrandecimiento.

Pablo Recabarren
